



II TRIMESTRE - 2026: CRECIENDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS.

LECCIÓN 3: ORGULLO VERSUS HUMILDAD

Orgullo o rendición

Desde el origen de la rebelión, cuando Lucifer se levantó contra el Creador, el orgullo quedó expuesto como **lo más contrario al carácter de Dios**. La razón es profundamente teológica: **Dios es amor**, y el orgullo es la exaltación del yo por encima de ese amor. Mientras el universo fue diseñado para vivir en dependencia, gratitud y armonía con su Creador, el orgullo introduce independencia, autosuficiencia y ruptura.

El orgullo no es solo un pecado más; es la raíz de toda rebelión. Es el intento de la criatura de establecer su propio sistema de vida, sus propios criterios, sus propios caminos, dejando de lado la voluntad divina. Por eso, toda la Escritura puede resumirse en una sola gran decisión: **¿viviré dependiendo de Dios o dependeré de mí mismo?**

“No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él... seréis como Dios.” (Génesis 3:4-5)

Desde el momento en que Eva eligió confiar en su propio razonamiento por encima de la palabra de Dios, esta tensión se convirtió en el eje central de toda la Biblia. Cada historia refleja esta lucha. Lo vemos en Caín y Abel, en Jacob y Esaú, en Saúl y David. **Todos enfrentaron la misma encrucijada: obedecer a Dios o afirmarse a sí mismos.**

Incluso las grandes estructuras humanas reflejan esta elección. Babel no fue solo una ciudad; fue una declaración: **el hombre buscando salvarse por sus propios medios**, desconfiando de la promesa divina. Ese mismo espíritu se repite a lo largo de la historia y alcanza su clímax en la prueba final: **lealtad a Dios o adaptación al sistema humano para sobrevivir.**

“No améis al mundo... porque todo lo que hay en el mundo... no proviene del Padre.” (1 Juan 2:15-16)

Aquí encontramos un diagnóstico aún más profundo. **El problema no está solo en nuestras decisiones, sino en nuestra naturaleza.** Los deseos que brotan del corazón humano no son neutrales; están inclinados en contra de Dios.

“Cada uno es tentado... de su propia concupiscencia.” (Santiago 1:14)

Esto confronta directamente la idea moderna de que dentro de nosotros hay una bondad esencial que debe ser descubierta. La Escritura enseña lo contrario: **no hay en nosotros una fuente de vida capaz de salvarnos.** Nuestra seguridad no está en el interior, sino fuera de nosotros.

La solución, entonces, no es el perfeccionamiento del yo, sino su rendición.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado... y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.” (Gálatas 2:20)



II TRIMESTRE - 2026: CRECIENDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS.

LECCIÓN 3: ORGULLO VERSUS HUMILDAD

Aquí radica la esencia del evangelio: **no se trata de mejorar nuestra vida, sino de recibir una vida nueva.** Solo cuando el ser humano reconoce su total incapacidad, comienza a depender verdaderamente de Cristo. Como Jacob, que se aferra y clama por bendición, el creyente descubre que **su única esperanza es una dependencia absoluta del Salvador.**

Así, la gran controversia del universo se resume en una decisión personal y diaria: **orgullo o humildad, autosuficiencia o fe, yo o Cristo.** Y en esa decisión, se define no solo el destino del hombre, sino su relación eterna con Dios.

La única seguridad del creyente

El contexto de la siguiente parábola es extraordinariamente claro. Jesús no la dirige a personas abiertamente rebeldes o incrédulas, sino a quienes tenían una religión, una práctica, una vida moral... pero descansaban en sí mismos.

"A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola." (Lucas 18:9)

La confianza propia siempre produce desprecio hacia los demás. Cuando una persona cree que su conducta, su religión o sus obras le dan algún mérito delante de Dios, inevitablemente comienza a compararse y a sentirse superior.

Entonces Jesús presenta a dos hombres: un fariseo y un publicano. Ambos suben al templo. Ambos oran. Ambos son religiosos, al menos externamente. Pero hay una diferencia decisiva: uno confía en sí mismo; el otro reconoce su necesidad.

El Fariseo ora, pero en realidad no está buscando a Dios; está admirándose a sí mismo. Da gracias, sí, pero no por la gracia divina, sino porque se considera mejor que los demás.

"Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres... ni aun como este publicano." (Lucas 18:11)

Toda su religión gira alrededor de sí mismo. Ayuna, diezma, cumple ceremonias y normas, pero todo lo hace para sostener su propia imagen. Necesita sentirse superior. Necesita conservar su estatus religioso. Necesita creer que tiene algo que ofrecerle a Dios.

Mientras tanto, el Publicano permanece lejos. No se siente digno ni siquiera de levantar los ojos al cielo. No tiene argumentos, no tiene méritos, no tiene nada que presentar. Solo sabe una cosa: es pecador.

"Dios, sé propicio a mí, pecador." (Lucas 18:13)

Y entonces Jesús pronuncia una de las declaraciones más sorprendentes del evangelio:



II TRIMESTRE - 2026: CRECIENDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS.

LECCIÓN 3: ORGULLO VERSUS HUMILDAD

“Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro.” (Lucas 18:14)

El hombre que se sentía seguro quedó sin perdón; el hombre que se sentía perdido fue aceptado por Dios. El fariseo salió del templo igual que entró: convencido de su justicia, pero todavía muerto espiritualmente. El publicano, en cambio, salió con paz en el corazón, aunque sin ninguna confianza en sí mismo.

Lo más impresionante es que ninguno de los dos lo sabe con absoluta certeza. El fariseo cree que está bien, pero no lo está. El publicano sigue sintiéndose indigno, aunque ha sido recibido por Dios. Ambos continúan viviendo, esperando el día en que se revele plenamente la verdad.

“Porque cualquiera que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido.” (Lucas 18:14)

Aquí encontramos una enseñanza decisiva: **la seguridad de salvación nunca descansa en algo que poseamos en nosotros mismos.** No está en nuestra profesión de fe, en nuestra pertenencia a una iglesia, en una experiencia pasada o en una sensación de certeza. Toda seguridad basada en nosotros mismos termina produciendo autosuficiencia.

La única seguridad real está en la dependencia constante de Cristo. No en haber dependido de Él alguna vez, sino en seguir dependiendo cada día, cada hora, en una actitud permanente de humildad, arrepentimiento y necesidad.

Mientras vivamos en este mundo, estaremos expuestos a la tentación y al engaño. Por eso, el creyente no dice: “Ya estoy seguro de mí mismo”. Más bien dice: **“Mi única esperanza está en Cristo.”** Allí, y solo allí, existe verdadera seguridad.

Cristo, nuestra porción

El testimonio de la fe en la Escritura alcanza una de sus expresiones más profundas en la vida de Moisés. No se trata simplemente de decisiones externas, sino de una transformación interna que redefine completamente lo que el corazón valora.

“Por la fe Moisés... rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios... teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios... porque tenía puesta la mirada en el galardón.” (Hebreos 11:24–26)

A primera vista, podría parecer que Moisés hizo un intercambio: **dejó riquezas temporales por riquezas eternas.** Pero el texto revela algo mucho más profundo. No se trata de comparar tesoros, sino de una realidad superior:

“Por la fe dejó a Egipto... porque se sostuvo como viendo al invisible.” (Hebreos 11:27)



II TRIMESTRE - 2026: CRECIENDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS.

LECCIÓN 3: ORGULLO VERSUS HUMILDAD

El galardón de Moisés no era algo; era Alguien. Su mirada no estaba en recompensas materiales, ni siquiera celestiales en un sentido superficial. **Su porción era Dios mismo.** Ver al invisible, vivir en comunión con Él, eso era lo que sostenía su fe.

Como declara el salmista: *"Jehová es la porción de mi herencia... no hay para mí bien fuera de ti."* (Salmo 16). Esta es la esencia de la verdadera fe: **no buscar lo que Dios da, sino buscar a Dios mismo.**

Por eso, **el cielo no es deseable por sus calles de oro ni por sus mansiones**, sino porque allí se encuentra Cristo. El creyente no es movido por aspiraciones materiales glorificadas, sino por el anhelo de comunión eterna con Aquel que lo amó y se entregó por él.

Cristo es la porción de los redimidos.

Ahora bien, este principio confronta directamente el orgullo humano, incluso dentro del contexto religioso. Basta ver lo que ocurrió entre los discípulos. Mientras Jesús hablaba de su entrega y su sacrificio, ellos comenzaron a discutir quién sería el mayor.

"Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor." (Lucas 22:24)

¿De dónde surge esta discusión? **De la confianza propia.** Primero se aseguran a sí mismos: "yo no seré el que te traicione". Y desde esa falsa seguridad, el corazón da el siguiente paso: **compararse, medirse, exaltarse.**

La auto-confianza inevitablemente conduce al orgullo.

Pero Jesús responde con una lógica completamente distinta:

"Mas no así vosotros... el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que dirige, como el que sirve." (Lucas 22:26)

En el reino de Dios, la grandeza no se mide por posición, sino por entrega. No por reconocimiento, sino por servicio. **El mayor es el que más se vacía de sí mismo.**

Esto se ve claramente en la enseñanza apostólica:

"Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo... Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús." (Filipenses 2:3-5)

Y ese sentir se define en la vida de Cristo: **siendo Dios, se humilló; teniendo todo, se despojó; siendo Señor, se hizo siervo.** Su camino no fue de autoafirmación, sino de entrega total.



II TRIMESTRE - 2026: CRECIENDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS.

LECCIÓN 3: ORGULLO VERSUS HUMILDAD

Aquí está la clave: **la humildad no se produce mirando al yo, sino contemplando a Cristo.** Mientras el ser humano se analiza a sí mismo, puede engañarse; pero cuando mira a Cristo, descubre su verdadera condición.

Como bien se ha dicho: el corazón puede hablar de humildad mientras está lleno de orgullo. Pero hay una sola manera de conocer la verdad:

contemplar a Cristo.

Al verlo en su pureza, en su amor, en su entrega —en el pesebre, en el desierto, en la cruz— el alma reconoce su necesidad. Y en ese reconocimiento, ocurre el milagro: el yo pierde su trono y Cristo ocupa su lugar.

Si alguna vez somos salvos, no será por nuestra bondad, sino por la gracia infinita de Dios.

Por eso, la vida cristiana no consiste en superarse a uno mismo, sino en rendirse. No en descubrir algo bueno dentro, sino en depender completamente de Cristo. Y en esa dependencia, el alma encuentra su verdadera porción: **no lo que Dios da, sino Dios mismo.**

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!